

# La práctica filosófica con niños

## Entrevista a Oscar Brenifier

Gustavo Puerta Leisse

### ¿Qué es el bien y el mal?

Ils. de Clement Devaux

### ¿Qué es el saber?

Ils. de Pascal Lemeître

### ¿Qué es la convivencia?

Ils. de Frédéric Bénaglia

### ¿Qué es la libertad?

Ils. de Frédéric Rébena

### ¿Qué es la vida?

Ils. de Jérôme Ruiller

### ¿Qué son los sentimientos?

Ils. de Serge Boch

### ¿Qué soy yo?

Ils. de Aurélien Débat

Colección "Super-preguntas"

Barcelona: Edebé

### Ni sí ni no

Ils. de Jacques Deprés

Madrid: SM, 2008

### El diálogo en clase

Tenerife: Idea, 2005

Oscar Brenifier suele utilizar la imagen del extranjero para referirse a quien se dedica a la filosofía práctica. A la manera de Platón, este extranjero cuestiona, inquieta y provoca sin reconocer las costumbres y creencias establecidas, sin tener concesiones ni buscar el acuerdo. Da igual que lo haga dentro de las fronteras de la literatura infantil o en un taller filosófico o en una entrevista. Lo suyo es pensar y este es un juego que se toma muy en serio.

### ¿Cuál es el origen de sus libros de filosofía para niños?

Los libros que he escrito para niños provienen de una práctica filosófica de

muchos años. Surgieron del trabajo con los niños pero también fueron escritos y concebidos para ser usados por maestros, estudiantes y por aquellas otras personas que desean hacer un trabajo filosófico. En cierta manera no son libros para leer. Más bien se trata de instrumentos o herramientas para hacer un trabajo filosófico.

### ¿Por eso en ellos priman las preguntas?

Sí. A mi editor francés le sorprendió mucho que se tratara de libros donde hay más preguntas que cualquier otra cosa. Es más, cuando la gente abre el libro, a menudo va al final buscando las respuestas. Claro que no las encuentra.

Todos los libros de la colección "Super-preguntas" tienen una estructura general:

- Partimos de un tema central.

¿Qué es el bien y el mal?

- Planteamos diversas preguntas, que corresponden a los capítulos del libro.

¿Tienes derecho a robar para comer?

¿Debes obedecer siempre a tus padres?

¿Debes hacer siempre lo que quieres?

- Consideramos algunas hipótesis.

Ante la pregunta: ¿debes obedecer siempre a tus padres?

(a) Sí, porque si no siempre me castigan.

(b) Sí, porque saben más cosas que yo.

(c) Sí, porque les quiero y confío en ellos.

(d) No, porque no me gusta obedecer.

(e) Sí, porque hay que respetar a los adultos.

- Y después las objeciones que se pueden hacer a estas respuestas.

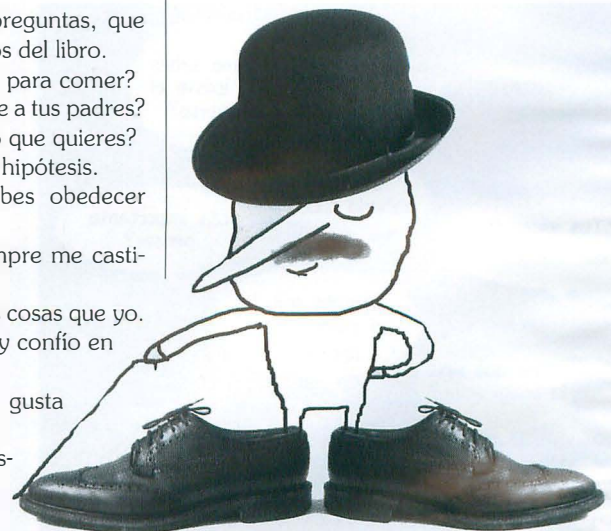


Ilustración de Serge Boch de ¿Qué son los sentimientos? de Oscar Brenifier (Barcelona: Edebé, 2006)

Luego de "Sí, porque hay que respetar a los adultos" hay un: Sí, pero.

¿Los adultos merecen más respeto que los niños?

¿Todos los adultos son respetables?

¿La obediencia es siempre una forma de respeto?

¿Podemos desobedecer por respeto a nosotros mismos?

-Y así, concluimos cada apartado con una visión general del tema, subrayando el sentido de esta pregunta:

Hacerte esta pregunta te ayuda a...

...comprender que los sentimientos y el comportamiento de la gente a veces son contradictorios y complicados.

...saber cómo actuar con los demás y no sólo reaccionar ante sus actuaciones.

...buscar una definición para lo que es la amabilidad más allá de las apariencias.

...considerar qué puede cambiar la amabilidad en ti, en los demás, en el mundo.

Eso sí, nunca damos respuestas.

### Ⓜ ¿Por qué le interesa trabajar con niños?

Trabajar con niños no me interesa ni más ni menos que hacerlo con adultos. Desde que comencé a dedicarme a la filosofía práctica, mi idea fue invitar a filosofar a públicos que normalmente no filosofan. Para mí, el trabajo con niños es sólo una aplicación de un principio general: todo el mundo puede filosofar y tener acceso a la filosofía.

### Ⓜ ¿Cómo llegó a trabajar con niños?

Hará más o menos diez años que mi hija mayor entró en la guardería. Entonces yo le propuse a la directora del centro hacer ta-

lles con niños. Quería ver qué podía pasar. Durante todo el año estuve trabajando con los chavales. Al final escribí un texto en el que analizaba la experiencia. Este reporte molestó mucho en la escuela porque lo vieron como una crítica implícita (o explícita) a los maestros. De algún modo así fue, yo traté de entender por qué los maestros no invitan a los niños a pensar.

El texto circuló bastante e interesó a muchas personas. Por ejemplo a la gente de Nantes, donde empecé este proyecto en el que se gestó la colección de "Superpreguntas".

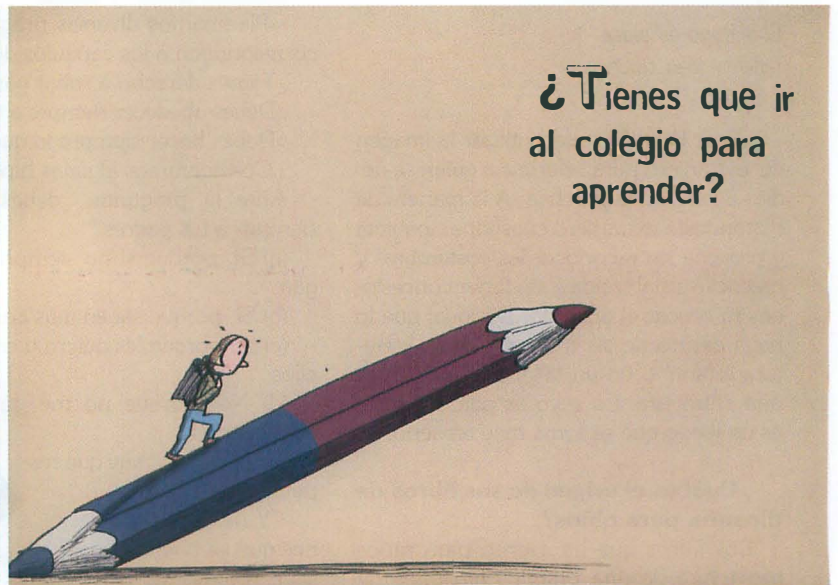
### Ⓜ ¿Por qué cree usted que los maestros no invitan a los niños a pensar?

Es un problema muy antiguo. Ya se ve, por ejemplo, en el enfrentamiento entre Sócrates y los sofistas. Tiene que ver con la oposición entre saber y pensar. El saber te permite no pensar, una vez que sabes una cosa. Por ejemplo, si sabes cuánto es  $2 + 2$ , tú no necesitas pensarlo, ni contar, ni investigarás por qué es así. Tú lo sabes y ya está.

Sin embargo, solemos creer que el saber nos lleva a pensar. Según la filosofía socrática esto es un error. Quien sabe puede, incluso, transmitirlo pero no pensar. Sócrates va más allá y considera que el saber inhibe el pensar.

Pensar es más difícil, requiere más paciencia y más tiempo. Platón diferencia entre el camino corto y el largo. El corto se corresponde con el decir, con la transmisión de informaciones de la cultura. Mientras que el largo es la mayéutica, invita a la preguntar para que el niño o adulto descubra ideas.

Imágenes internas de *¿Qué es la libertad?* de Oscar Brenifier y Frédéric Rébéna (Barcelona: Edebé, 2007)





**ⓑ ¿Cómo se invita a un niño a pensar?**

Cuando trabajo con niños no trato de explicar o enseñarles algo. Yo les invito a la piscina y no me quedo a un lado explicando por qué hay una piscina, qué es agua y si está fría o no. Vamos a la piscina y saltamos al agua. Puede que el agua esté un poco fría, que sea difícil nadar... pero ya estamos dentro. Es igual con la práctica filosófica. Se trata de un juego y nosotros jugamos.

**ⓑ Si puede resultar tan lúdico, entonces ¿por qué los maestros no lo hacen?**

Los maestros olvidaron cómo jugar. Son muy serios y necesitan crear situaciones en las que todo esté controlado. Para los niños jugar no es un problema pero para los maestros sí, quieren maestría y en el jugar no hay maestría. Maestría es exponer, dictar y tomar notas (punto a, punto b, punto c...). La maestría evita el juego.

**ⓑ ¿La razón es la necesidad de control?**

Le doy un ejemplo. Un maestro te dirá: "Ah, no sabía qué hacer. Los niños me preguntaron sobre la muerte y si hay vida después de la muerte y no supe qué contestar".

Y es que el maestro no tiene que contestar, tiene que investigar. Pero a él le molesta no conocer la respuesta. No puede trabajar así. Por eso ha preparado sus notas, para saber hacia dónde va. El maestro considera que cuando un niño le hace una pregunta, él tiene que conocer previamente la respuesta y si no es así, hay un problema. Pero el problema es suyo,

pues para los niños esto no es un problema.

**ⓑ En otras palabras, el maestro no puede trabajar con la incertidumbre.**

Exacto. La incertidumbre abisma su ser, su función, su identidad... le molesta mucho. Le tiene miedo al error. La idea que se ha hecho del error es una cosa terrible...

**ⓑ Claro, es que el maestro considera que el error puede resultar traumático para el niño.**

Para mí, eso es una invención de los pedagogos. Tiene que ver más con el miedo de los adultos que con la realidad del niño. Los adultos suelen proyectar sus temores en el niño.

Le doy otro ejemplo. Recuerdo que una vez, en Noruega, hice un taller con jóvenes de trece y catorce años. Durante la sesión vi la cara de disgusto de la profesora. Al terminar, salimos y yo me quedé conversando con otros docentes. Mientras tanto ella fue al aula y habló con sus alumnos. Luego regresó a donde nos encontrábamos y me dijo: "¿Sabe qué? ¡Les gustó!", como si fuera una cosa terrible.

**ⓑ La profesora tenía un prejuicio.**

Muchas veces, durante la sesión, un niño dice cosas que parecen extrañas o que no tienen sentido. Entonces yo pregunto: "¿Quién piensa que es verdad lo que ha dicho este niño y quién piensa que es mentira?". Los niños juegan a eso y les encanta. Sin embargo, cuando le recomiendo esta técnica a un maestro se escandaliza: "Ah, pero ¿cómo yo voy a permitir que un niño diga de otro que es un mentiroso?".



Los niños son de una indiscreción total. Sin ningún reparo se dicen entre ellos “eso no es verdad”, “tú eres mentiroso”. Yo parto de esa frescura cotidiana y no lo veo ni como un insulto ni como el causante de un trauma.

El maestro, en cambio, castiga al niño que dice que su compañero es un mentiroso. El maestro le da un peso moral, por no decir religioso, a mi parecer injustificado. No contempla lo verdaderamente importante. A saber, que hay que saber reconocer lo que es una mentira de lo que no lo es, ser capaz de decirlo y de argumentarlo.

**ⓑ Y a eso ayuda el trabajo filosófico.**

No necesariamente. Hay gente que dice que hace filosofía con niños y, lo que yo veo, no tiene nada de filosofía. Son más bien discusiones. Claro que es bueno conversar con los chavales, muchas veces el niño no tiene la posibilidad de hablar en su casa o de dialogar con los adultos. No quiero decir que sea malo, está bien, pero no tiene nada que ver con la filosofía. No basta con que discutamos sobre el amor o la vida para hacer filosofía. En la filosofía tenemos la exigencia de clarificar.

**ⓑ ¿Cuál es su opinión del método Lipman?**

Matthew Lipman ha producido muchos instrumentos, muy útiles, para hacer filosofía con niños. El problema es que su aplicación práctica no es muy clara. El resultado es que, aunque hay mucha gente que utiliza este método y dice que hace filosofía con niños, realmente no lo hace.

Parten de un ritual como el siguiente: “Tenemos un cuento o historia. Cada uno lee una frase. Después hacemos una lista de preguntas. A continuación elegimos una pregunta y, finalmente, discutimos qué pensamos”. Esto puede ser divertido pero no es filosofía porque no hay ningún rigor.

Ahora bien, hay gente que trabaja en esta dirección con rigor.

**ⓑ ¿En qué consiste ese rigor?**

Cuando el niño habla, yo le pregunto: “Ajá, y tú ¿por qué dices eso?”. Esto es, propicio la argumentación. Si otro dice: “No estoy de acuerdo con él”, yo le planteo: “Espera un momentito, ¿qué ha dicho él?, ¿qué dices tú?, ¿cuál es la diferencia?”, esto es, busco el análisis. Cuando un niño dice algo, también puedo indicar: “¿Quién tiene una pregunta para este

niño?” y ver si efectivamente el niño contesta a la pregunta.

Si no hay esta exigencia, si no hay este rigor, no es más que un intercambio de opiniones: uno habla, otro habla, otro habla...

**ⓑ Y eso no es filosofía.**

La filosofía precisamente enseña a diferenciar una opinión de una idea. Las opiniones son como los pelos de la axila, crecen. Todo el mundo tiene miles de opiniones. Las ideas, en cambio, requieren trabajo, conceptualización, rigor, exigencia.

**ⓑ A diferencia de Lipman usted le da más importancia a la pregunta que a las respuestas.**

No, para mí la respuesta es muy importante. Especialmente verificar si la respuesta contesta. Si hay una pregunta, me interesa ver su respuesta: ver si es coherente, sus argumentos, si genera problemas. La filosofía, como dice Platón, es el arte de la pregunta y de la respuesta.

Pero este arte no existe en muchas de las aplicaciones del método Lipman. Sus partidarios dicen con orgullo “nosotros nos hacemos preguntas”. Efectivamente sí hacen preguntas, pero no se preguntan. Enumeran una lista de preguntas y eligen una de ellas, la responden y discuten. Pero este maestro no se detiene a cuestionar por qué un niño dice eso, por qué piensa así. No hay una confrontación de perspectivas, sólo hay un intercambio de opiniones.

**ⓑ Ese preguntarse a uno mismo al que hace referencia, ¿tiene que ver con la idea de la filosofía práctica como actividad terapéutica?**

Para mí la práctica filosófica no es una terapia. Es cierto que hay personas que la llaman terapia pero yo no empleo este término porque no sé si la filosofía te hace mal o bien. Puede que filosofando concluyas que es mejor no vivir. Además, en mi caso no se nada de curación ni de enfermedades. Para mí la única posibilidad de cura es la muerte.

También hay otra razón. A veces las enfermedades pueden ofrecer buenos motivos para vivir. Por ejemplo, a ese ser obsesivo y rígido que se llama Immanuel Kant, justamente su obsesión y rigidez le permitieron escribir *La crítica de la razón pura*; la megalomanía de Napoleón le llevó a ser un personaje histórico. Frente a ejemplos como estos, uno se pregunta: ¿hay que curar? ¿vamos a curar a Napoleón de su megalomanía?, ¿a Kant de su



© Serge Bloch



obsesión y rigidez? Filosóficamente, no tiene ningún sentido.

Hay a quien la filosofía le ofrece consuelo. Marco Aurelio la contempla como el refugio del alma en un mundo terrible. Claro, es Marco Aurelio. También hay personas que me dicen que no sé qué de la filosofía les ayuda o les alivia. Bien, yo no tengo nada en contra, pero ni esta es la meta de la filosofía ni es su naturaleza. Más bien, se trata de un efecto secundario.

**Ⓡ Entonces, la filosofía no nos hace mejores personas.**

Te doy un ejemplo. Supón que juegas al fútbol y me dices: “¡Mi vida es mucho mejor desde que juego al fútbol!” o “He arreglado los problemas con mi esposa gracias al fútbol”. Pues muy bien, yo me alegro por ti. Pero estos logros vienen por añadidura, no tienen nada que ver con las metas del fútbol. Con la filosofía pasa igual. Puede ayudarte, cómo no. Es una actividad sana, pero no es una terapia.

**Ⓡ ¿Por qué cree usted que esta concepción de la práctica filosófica como terapia está tan en boga?**

Me molesta un poco el espíritu de consumidor que hay ahora. Quieren curarte de todo. Por ejemplo, cuando te dan algo para comer te lo venden como un medicamento. Ya no es por el placer de comer sino porque es nutritivo, previene enfermedades, no contiene grasas... La tendencia terapéutica de la filosofía práctica la veo afín a ese espíritu consumidor.

**Ⓡ La práctica filosófica que usted defiende está más cercana al juego. Ahora bien, muchos concebían la filosofía como algo serio.**

Para mí es fundamental el placer de pensar, y el juego una dimensión importante. No es una tendencia habitual pero tampoco es tan rara. Sócrates, por ejemplo, era muy chistoso e irónico. Nos enseñó que reír y ver el ridículo te ayuda a pensar.

Otro de mis héroes es el Mulá Nasrudín. Se trata de un personaje turco que protagoniza historias de inspiración sufí. En ellas se burla del funcionamiento habitual de los seres humanos. En los encuentros que realizo trato de mostrar cuán absurdas son nuestras creencias.

**Ⓡ Pero a menudo el humor socrático no les sentaba muy bien a sus interlocutores.**

En efecto, puede ser muy duro porque en general, la forma en cómo el ser humano piensa es bastante tonta. Por eso

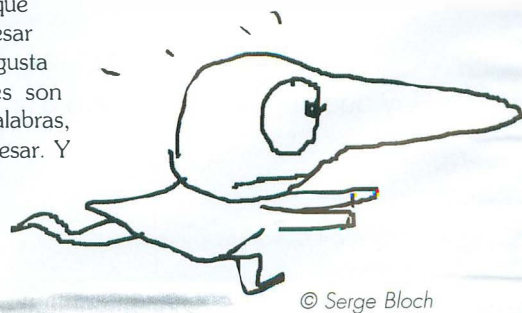
utilizo el humor. Si tú vas a ver *El club de la comedia* y no te ríes, pensarás que te están insultando. Justamente es esa dimensión teatral la que nos permite ver el absurdo de nuestra posición o creencias. Hay personas que durante las sesiones se ríen, quienes se molestan, quienes se sienten insultados. El otro día, por ejemplo, había una persona que quería dar sus opiniones todo el tiempo. Yo me acerqué, le puse la cesta de la basura enfrente y le dije: “Tienes muchas opiniones. La próxima vez, antes de decirlas, tíralas directamente a la basura”. Luego se me acercó y me dijo: “Usted me ha insultado”. Yo le contesté: “Mira, ¿tú quieres aprender a ser un filósofo práctico? Pues bien, un filósofo práctico es un extranjero. No se puede sentir insultado en ningún sentido. Si te sientes insultado tienes un problema, nada te puede insultar”.

**Ⓡ Frente a los niños ¿usted se siente como un extranjero?**

Mi idea de que el filósofo es un extranjero la he tomado de Platón. En sus diálogos el extranjero es el que pregunta. Yo invito a los niños a ser extranjeros. Pero los niños suelen decirme que lo que les gusta del ejercicio filosófico es que yo hago preguntas locas. Por ejemplo, a veces les hago preguntas en las que tienen que responder sí o no. Ellos no respetan el planteamiento. Entonces yo les digo: “Pregúntame si quiero casarme contigo”. Me miran como si estuviera loco. Una vez una niña de ocho años que no quería contestar, me respondió: “Pero yo tengo novio”.

**Ⓡ ¿Qué características debe tener un texto filosófico para niños?**

Primero la simplicidad y segundo la densidad. La simplicidad permite un vínculo inmediato. Detrás de esta simplicidad está la densidad: hay algo importante que se transmite, que no hay que explicarlo. Por eso me gusta emplear en mis libros las preguntas. Uno pone una pregunta y después el niño debe hacer el trabajo. Por ejemplo, en mi libro *¿Qué son los sentimientos?* pregunto: “¿Cómo sabes si tus padres te aman?”. La primera hipótesis es: “Porque me besan”. Entonces yo pregunto: “Sí pero, ¿siempre la gente que se ama se besa?” o “¿Es posible besar a alguien sin amarlo?” o “Y a ti ¿te gusta siempre ser besado?”. Como ves son cosas muy simples que, en pocas palabras, plantean al niño el problema del besar. Y es que un beso podría verse como la evidencia del amor pero no necesariamente es así. Un beso puede ser hipócrita, puede ser algo que



© Serge Bloch

no deseas, puede ser una costumbre. Se trata pues de plantear algo de un modo simple y denso, con pocas palabras.

También está la ilustración. Mis textos solos serían muy austeros. Las ilustraciones ayudan al niño a meditar, a disfrutar, a detenerse en la página.

**Ⓡ Hablemos de *Le livre de grands contraires philosophiques*, traducido es España como *Ni sí ni no*. ¿Está de acuerdo con que le hayan cambiado el título?**

No, es una concepción muy comercial que le da un sentido contrario a la idea del libro. El problema del título *Ni sí ni no* es que no identifica dónde estamos ni cuál es nuestra posición. Precisamente el libro invita al lector a definir su postura. Si querían poner un título más comercial, haberle puesto *Sí o no*. El título original *El libro de los grandes contrarios filosóficos* tampoco me fascinaba, porque trata de ser pedagógico, pero no me molestaba tanto como *Ni sí ni no*.

**Ⓡ Mientras que en la colección “*Súper-preguntas*” abordó temas éticos, con *Ni sí ni no* aborda lo cognitivo y lo ontológico.**

Le confieso que me sorprendió que el editor aceptara publicar *Ni sí ni no*. En un principio no quería hacerlo. No obstante, me dijo: “Hay un ilustrador con el que queremos trabajar. Si a él le gusta, lo haremos”. A Jacques Després le gustó y por eso se hizo este libro. Fue una sorpresa enorme. Tuvo mucho eco en la prensa y

en la televisión. Además obtuvo varios premios, entre ellos el del mejor libro científico, y ha sido traducido a más de veinte idiomas.

**Ⓡ ¿A qué le atribuye tanto éxito?**

Uno de los jurados del premio me dijo: “Durante la deliberación había dos posiciones: o no lo incluíamos como parte de la selección de libros científicos o le dábamos el premio. Lo obtuvo porque precisamente toca de manera simple el abismo del pensamiento”.

Me alegra que haya tenido tanto éxito porque demuestra que no es necesario banalizar la filosofía, que se puede hacer algo muy abstracto que funcione y que le llegue a todo el mundo.

**Ⓡ Mientras que sus libros para niños anteriores buscaban el diálogo, ¿*Ni sí ni no* busca la meditación?**

Sí, tiene razón, está bien visto. “*Súper-preguntas*” habla de la vida, de quién eres; *Ni sí ni no* del saber y del ser...

**Ⓡ Entonces, aquéllos serían más socráticos y éste más platónico.**

Sí ¿por qué no? Aunque no trato, como Platón, de describir cómo es el mundo. Sería más bien kantiano. En cierta medida abordo el tema de cuáles son las condiciones para el pensar y las estructuras internas del pensamiento y del ser. A diferencia de los anteriores, en este libro busco con mayor profundidad y abstracción las herramientas conceptuales que

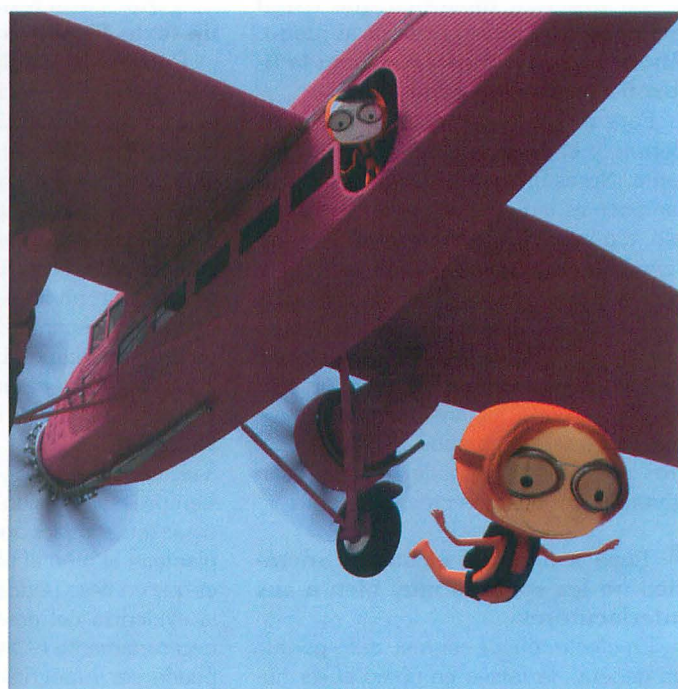
son necesarias para el trabajo filosófico con los niños.

La antinomia subjetivo/objetivo, por ejemplo, es fundamental. He observado que la gente no se aclara con estos términos. En España suele pensarse que todo es subjetivo, y tienen mucha dificultad en pensar lo que es la objetividad. Así se cae fácilmente en el relativismo.

**Ⓡ ¿Cuál es la evaluación crítica que hace de su trabajo con niños?**

Yo me detengo mucho más en propiciar determinadas actitudes que en crear un método bien establecido que se pueda aplicar con facilidad, como sería el método Lipman. Las herramientas que propongo son muy exigentes y pueden ser difíciles de utilizar para los maestros. Pienso que está bien que haya diferentes maneras de trabajar. Hay docentes que asisten a uno de mis talleres y concluyen que no van a seguir el enfoque que les propongo. Me dicen, por ejemplo, “Yo no puedo hacer eso” o “Internamente me cuestiona demasiado” o “Me da miedo”... Hay otros modelos más simples y muy concretos que se pueden utilizar y están bien.

En mi caso tengo una visión continuista de la filosofía. No se trata de algo muy denso pero sí contempla una base filosófica. Por mi manera de ser, de pensar y de funcionar soy muy exigente y puede ser muy duro. Pero a mí me gusta trabajar de esa forma. Hay a quien le gusta y a quien no. Cada metodología tiene sus ventajas, sus problemas y sus limitaciones. Las mías son éstas, son limitaciones para personas más tímidas. ◀▶



© Serge Bloch